



VI

EL MATRIMONIO SECRETO

Eran las cuatro de la mañana cuando Pedro Hauteuille se encontró en su camarote después de aquella dulce é inolvidable noche. Sentía, no la tristeza que sigue al placer, de la que habla un proverbio muy conocido, sino ese júbilo casi grave, esa alegría que es el reconocimiento de la dicha y la más segura señal para una mujer de que es amada de veras. En vano procuró dormir; una vibración de felicidad le tenía despierto, como si tuviese el temor de perder en el sueño la conciencia de aquella realidad tan penetrante, tan apasionada, que casi era superior á las fuerzas de su alma. A las primeras luces del alba se levantó y subió al puente. Allí estaba ya Dickie Marsh, mirando al cielo y al agua con la atención de un viejo marino.

—Para ser un francés, me asombra usted—dijo—. Yo he paseado ya mucho por la *Jenny*. Usted es el primero á quien veo levantado á esta hora, que es la más agradable en el mar. Respire usted esta brisa. Podrá usted luego trabajar diez horas seguidas sin sentir cansancio. Me disgusta un poco el cariz del

cielo—añadió—. Estamos demasiado lejos. No podremos llegar á Génova hasta las ocho, y de aquí allá tal vez la *Jenny* bailará un poco. Hubiéramos podido ir de Cannes á Génova en cuatro horas, pero pensé que sería mejor dormir lejos de las olas del puerto. ¡Estaba tan alto el barómetro!... ¡Ha descendido con tal rapidez!...

En efecto; el cielo, tan puro durante el día y la noche, estaba cubierto de nubes grises que parecían montañas. Un sol pálido brillaba entre otras nubes que cubrían el horizonte y semejaban largas líneas que huían unas de otras. El mar permanecía inmóvil y liso, pero el agua tomaba el color de plomo, opaca, pesada, amenazadora en su inmovilidad. La brisa refrescaba, y bien pronto sintióse el soplo del viento, que, corriendo sobre la sabana de agua, hizo que se estremeciera primero, formando á poco millares de burbujas cada vez mayores, y agitándola después con mayor empuje.

—¿Es usted buen marino?—preguntó Marsh a Pedro—. La *Jenny* no correrá peligro, puesto que tenemos el viento á la espalda y vamos á encontrar abrigo en la costa. Mire usted ahí el faro del cabo Porto-Fino. Una vez que le pasemos, no habrá temor ninguno.

La espuma cubría ahora el mar de una masa que hervía, y sobre la que la *Jenny* corría, inclinándose ya á la derecha, ya á la izquierda, como un nadador que sortea el oleaje. Una extremidad de tierra avanzaba. Al final se dibujaba un faro, junto á las ruinas de un convento, en medio de una vegetación pálida de olivos, entre los que se advertía alguna quinta.

Era el cabo de Porto-Fino, célebre por la prisión de Francisco I. El yate rodeó aquel promontorio tan cerca, que Hautefeuille pudo oír, durante todo el tiempo que duró la maniobra, el ruido de las olas al chocar contra las rocas. Más allá continuaba la misma sabana de agua tranquila, con la extensa línea de la costa Liguriana, que desde Chiappa y Camogli, pasando por Recco, Nervi y Quinto llega hasta Génova.

Las colinas que forman el contrafuerte del Apenino mostraban sus laderas plantadas de higueras y de castaños, y sus aldeas. Formaba esto una naturaleza á la vez salvaje y alegre, cuya influencia sintieron de distinto modo el hombre de negocios y el enamorado. El primero dijo con desprecio:

—No han sabido hacer un camino de hierro de doble vía sobre esta costa. La obra es demasiado difícil para gentes de aquí. Yo le he hecho de Marionville á Duluth con cuatro vías, y había que abrir bastantes túneles.

—Yo creo que basta con eso — dijo Hautefeuille, mostrando una locomotora que lentamente corría por aquella playa, dejando tras sí un penacho de humo—. ¿Para qué implantar los descubrimientos modernos en un país antiguo? ¿Cómo puede usted soñar aquí — continuó pensando en voz alta—, en esta ribera, en una existencia de lucha y de desesperados esfuerzos? Esto es un oasis al lado de vuestras fábricas. Respetadle. Es necesario que exista un rincón para los enamorados y para los poetas, que aspiran á una vida de emociones tranquilas é inofensivas, y que sueñan con la soledad de dos en paisajes de

naturaleza y de arte. ¡Ah! ¡Qué mañana tan hermosa!

Esta exaltación, por la que el feliz amante respondía con poéticas frases á las reflexiones positivistas del americano, sin comprender lo cómico del contraste, debía durar todo el día. Conforme avanzaba éste aumentó aquélla cuando los pasajeros de la *Jenny* subieron al puente, y entre ellos la señora de Carlsberg, un poco pálida y mostrando cierta dejadez. Tenía en sus ojos esa ternura mezcla de ansiedad, que hace tan conmovedora la mirada de una querida al día siguiente de la primera posesión. ¡Qué turbación se ve en ella á la proximidad de ese encuentro, donde va á leer la suerte de su dicha en la expresión del rostro del que ama, y al que, al entregarse, ha dado la más irreparable prueba de amor! ¿Si estará ya cansado de ella aquel para quien el supremo abandono de su persona no es más que el comienzo de un sueño, la primera entrada en el adorable universo de la pasión compartida? ¿Si la estimará menos por el pudor que ha sacrificado, por la voluptuosidad que entre sus brazos ha gustado? ¿Si no demostrará más que la alegría del orgullo masculino satisfecho de su víctima, cuando ella se acerca con el corazón lleno de gratitud, la expresión de agradecimiento en sus ojos y la sumisión más completa en la voz? Y ¡qué consuelo para su alma, qué renuevo de delicias, cuando conoce, como la señora de Carlsberg, á la primera mirada que el alma de él vibra al unísono de sus íntimas emociones, que es tan delicado, tan tierno, tan amante como ella misma! Esta simultaneidad en la emoción fué para la encantadora mujer una dulzura tan honda, tan penetrante,

que sintió deseos de arrodillarse ante Pedro, tanto le adoraba, al ver la semejanza de sus deseos; y le dijo, sentados ambos, como la víspera, juntos y mirando el golfo y surgir á Génova de entre las olas:

—¿Eres como yo? ¿Has sentido miedo y deseo á la vez de volverme á ver, como yo los he sentido? ¿Tenías tú, como yo, miedo de haber sido demasiado dichoso, y el presentimiento de una desdicha? Cuando me he despertado y he visto el cielo cubierto, y agitado el mar, me he estremecido. He pensado que todo había concluído y que tú no eras mi príncipe Buentiempo.

Aplicaba á Pedro este tierno nombre porque pretendía que el cielo estaba azul cada vez que ella le había dado una cita; y continuó acariciadora, irresistible, envolvente, por así decirlo:

—¡Qué delicia haber temblado así y encontrarte como te he dejado ayer! No ayer... esta mañana.

Al recordar que se habían separado hacía tan pocas horas, tuvo una sonrisa tan lánguida y fina, llena de tanta gracia y voluptuosidad, que el joven tomó el borde del abrigo en que envolvía su cuerpo — especie de capa escocesa, cuyos pliegues agitaba el viento, — y le besó á riesgo de ser visto por los Ches y por Dickie Marsh, que se aproximaban, pero que, por fortuna, estaban absortos en la contemplación de la admirable ciudad, cada vez más cercana. Aparecía ahora sobre su anfiteatro de montañas, más allá de los dos puertos y del bosque de mástiles, de los barcos allí anclados, con sus innumerables casas de extraordinaria altura, oprimidas unas contra otras, en masas cortadas en ángulos rectos por pequeñas calles

estrechas, casi callejuelas, en pendiente. Todas estas casas estaban pintadas de colores vivos en otra época, deslucidas ahora por las lluvias y el sol. Daban la idea de una ciudad de lujo y fantasía con sus terrazas cubiertas de arbustos raros y de estatuas.

Las quintas se extendían indefinidamente á lo largo de la costa, aquí agrupadas formando un barrio, fuera de los extremos de la ciudad, allí aisladas entre la verdura de sus jardines. El americano reconocía estas quintas y estos arrabales al través de unos sencillos gemelos que pasaba á Ivona y á su marido.

—He ahí á San Pedro de Arena — decía —; Cornigliano y Sestri á la izquierda, y á la derecha San Francisco de Albaro, Quarto, Quinto, San Mario Ligure, la quinta Gropallo, la quinta Serra, la quinta Croce...

—Pero, Comodoro, tiene usted un oficio más para el día en que le haga falta — respondió la señora de Chesy riendo. — Sería usted un gran *cicerone* del mar.

—¡Qué quiere usted! — repuso Marsh—. Cuando veo un sitio que no puedo luego recordar con detalles, es como si no viese nada.

—¡Ah, no le pasa á usted lo que á mí! — exclamó Chesy—. Jamás he podido entender un mapa, lo que no ha sido obstáculo para divertirme mucho en mis viajes. Hay marinos en el mar, como hay cocheros en tierra, para desempeñar esos servicios.

Mientras que en la proa del barco se hablaba así de amor y de lo que queda dicho, en la parte de popa Florencia Marsh procuraba dar ánimos á Adriana Bonnacorsi. La futura vizcondesa de Corancey vol-

vía la espalda al mar y miraba obstinadamente la estela que dejaba la *Jenny*.

—Tengo ahora la convicción — suspiraba — que Génova me será fatal. *Génova toma y no devuelve*, como entre vosotros se dice.

—Te tomará el nombre de Bonnacorsi, y no te le devolverá; eso será todo — respondió Florencia —, y el refrán quedará justificado. Nosotros tenemos en los Estados otro refrán que el presidente Lincoln citaba siempre, y que harás bien en aplicártele una vez para todas cuando pienses en algo que te disguste. No es muy bonito, sobre todo cuando se trata de un matrimonio, pero es expresivo: *Dont trouble how to cross a mud-creek, before you get there*. «No os inquietéis por saber cómo franquear una charca de cieno antes de haber llegado á ella.»

—Pero ¿y si lord Herbert ha cambiado de idea, y la *Dalilah* está en el puerto con mi hermano? ¿Si los Chesy se empeñan en acompañarnos? ¿Si en el último momento el viejo príncipe Fregoso rehusa prestarnos su capilla después de habérnoslo prometido?

—¿Y si Corancey dice «no» ante el altar? — interrumpió Florencia—. ¿Y si hay un temblor de tierra que nos devora á todos? ¡Vamos! La *Dalilah* está anclada tranquilamente en la rada de Calvi ó en la de Bastia. Los Chesy y mi tío van á visitar cinco ó seis yates de americanos é ingleses en este puerto, y es un disparate suponer que han de sacrificar este placer á una visita como la que suponen vamos á hacer á los museos é iglesias. ¿Por qué pensar que el Príncipe, después que ha dicho á Don Fortunato que accede, haya cambiado, sobre todo si se tiene en cuenta que

el abate y él han sido compañeros de prisión en mil ochocientos cincuenta y nueve? Entre los italianos, cuanto se refiere á lo que vosotros llamáis el *risorgimento*, es sagrado. No tengo más que una inquietud — añadió con su alegre risa —, y es que haya vendido á alguno de mis compatriotas los más bellos tapices de su galería y sus mármoles más hermosos. Esos corsarios se lo llevan todo. Su excusa es que no solamente tienen dinero, sino gusto artístico. ¿Crearás que en Marionville, en el colegio, la profesora de Arqueología nos enseñaba la historia del arte griego antes de Fideas con fotografías de esta colección Fregoso?

—Y bien — decía de nuevo Florencia Marsh á su amiga dos horas más tarde —; ¿tenía yo razón? ¿Has encontrado el *mud creed*?

Con efecto, el desembarco se había efectuado como ella anunció. Los Chesey y Dickie Marsh se habían ido por un lado á visitar los yates amarrados al puerto. Un despacho recibido á bordo había anunciado la llegada de la *Dalilah* á las aguas corsas, y un landó de alquiler llevaba á la enamorada Marquesa, en compañía de Florencia, de la señora de Carlsberg y de Pedro Hautefeuille hacia el palacio genovés, donde la primera debía encontrar á Corancey. Subía el carruaje por las estrechas calles, pasando ante las fachadas pintadas de las antiguas casas de mármol con columnas, que atestiguan por todas partes en esta ciudad la fastuosa opulencia de los comerciantes, medio grandes señores, medio piratas, que las construyeron, y en todas estas calles, pasillos más bien, que llevan al puerto, sentíase el rumor de un pueblo

alerta, gesticulador. Aunque el vientecillo fuera ahora fresco, las tres mujeres habían querido que el coche continuara abierto, á fin de gozar del espectáculo de aquella multitud, de aquellas fachadas espléndidas y de lo pintoresco de los trajes. Cuando miss Marsh dijo á la Marquesa, para prestarle ánimos, las palabras que quedan dichas, sonrió la segunda conmovida aún pero feliz, y respondió:

—Es verdad... Ya no tengo miedo, y empiezo á creer que no sueño. Sin embargo, ¡si se me hubiera dicho que pasaría con vosotras tres un día por la *Piazza delle Fontane Morose* para hacer lo que voy á hacer, no lo hubiera creído!... ¡Dios mío!... ¡Mira á Corancey! ¡Ah! ¡Qué imprudente!

El provenzal, en efecto, estaba en el ángulo de la célebre plaza y de aquella antigua *Via Nuova*, hoy *Via Garibaldi*, en la que el discípulo de Miguel Angel, Galeas Alessi, ha edificado los palacios de Cambiaso, Serra, Spinola, Doria, Brignole-Sale y Fregoso, obras maestras de la arquitectura bastantes para justificar el sobrenombre de Soberbia, dado á Génova por sus orgullosos ciudadanos. Aunque fuera realmente una imprudencia mostrarse en las calles en aquel momento, á riesgo de encontrarse con algún viajero que le conociese, Corancey no había podido contenerse. Jugaba una partida de tanta importancia, que los nervios habían sido en aquella ocasión más fuertes que la razón en aquel meridional, tan prudente de ordinario, y tan lleno de esa virtud de la paciencia, para la que los genoveses precisamente han inventado este refrán: «El que tiene paciencia, compra los zorzales más gordos á ochavo cada uno!»

Había sabido, por un emisario que envió al puerto, la llegada de la *Jenny*, y salió del palacio—su seguro asilo—para convencerse de que su novia llegaba. Cuando reconoció en el landó los hermosos cabellos rubios de la señora de Bonnacorsi, una ola de sanse cálida invadió su corazón, y alegre, infantilmente, sin esperar que el carruaje se detuviera, lanzóse al estribo. El tiempo suficiente para besar la mano de su novia, dar la bienvenida á la señora de Carlsberg y á miss Florencia, saludar á Pedro, dándole las gracias, y comenzó á referir sus dos semanas de destierro con su habitual verbosidad.

—Don Fortunato Lagumina y yo somos ya íntimos amigos—dijo—. Ya verán ustedes qué tipo más célebre con sus calzones y su sombrero alto. He llegado á ser *figlio mio*. Por usted tiene adoración, Marquesa. ¡Le ha escrito á usted un epitalamio en cincuenta y ocho estrofas! Sin embargo, le cuesta mucho ese matrimonio religioso sin matrimonio civil! ¡Qué hubiera dicho el conde Camille Cavour, del que guarda religiosamente el bastón y el retrato! ¡Su Cavour y su Marquesa, su Marquesa y su Cavour! Ha elegido su Marquesa, pero no se atreverá á mirar más el retrato y el bastón hasta que no estemos en regla con la ley italiana. Le he jurado que se trataba de un retrato quizás de algunas horas, y el príncipe Paolo le ha dado más seguridades... Otro tipo que tal... Verán ustedes su museo, y en su museo lo que más quiere... Pero hemos llegado...

El landó acababa de detenerse ante la alta puerta de un palacio, de pórtico de mármol como sus vecinos, y pintado, como ellos, de colores claros. Un

enorme blasón esculpido sobre los balaústres del balcón del primer piso mostraba las tres estrellas de los Fregoso, tan conocidas en otra época en todo el Mediterráneo, cuando los barcos de la República se hacían al mar contra los pisanos, los venecianos, los catalanes, los turcos y los franceses.

Un conserje de larga librea con vivos negros y rosa, que tenía en la mano un colosal bastón de puño de plata, introdujo á los recién llegados en el vestíbulo, de donde partía una escalera enorme. En el fondo verdeaba un jardín plantado de naranjos. Los frutos maduros brillaban entre la hojarasca sombría, que dejaban ver una gruta artificial llena de gigantescas estatuas, visibles desde el puerto. Varios sepulcros adornaban la entrada, donde se respiraba un aire de magnificencia y de ruina tan propio de las antiguas moradas de Italia. Sobre los usados escalones, ¡cuántas generaciones habrían pasado desde que el capricho del artista encargado de decorar el palacio había dibujado los adornos blancos sobre fondo amarillo que ornaban la bóveda! ¡Cuántos visitantes, también llegados de todas las partes del mundo, y con los que comerciaba la gran República! Pero indudablemente, en tres siglos ningún desfile más singular que el de la gran señora veneciana que vino de Cannes á bordo del yate de un americano para casarse con un hidalguillo arruinado de Barbentane, acompañada de una joven americana, y una Archiduchesa morganática de Austria y del amante de ésta, un francés de la más sencilla tradición francesa.

—Confesarás que mi boda no es una boda ordina-

ria—dijo Corancey á Pedro, mirando á las tres mujeres, tras las que ambos iban.

No se habían vuelto á ver desde la mañana en que visitaron juntos la *Jenny*, y el astuto meridional, en aquel nuevo encuentro, había sentido disgusto en el apretón de manos y en la mirada de Pedro. El enamorado no había sentido turbada su dicha en el barco ni una vez sola por la presencia de miss Marsh y de la Marquesa, aunque no dudase que habían adivinado sus sentimientos; pero comprendió que los respetaban. En vez de esto, al encontrarse con los ojos de Corancey había experimentado una emoción dolorosa—. ¡Esto es hechol pensó el provenzal—: y con ese instinto de complicidad galante, tan habitual en los hombres de su raza, el descubrimiento le causaba alegría y acariciaba á Pedro para fundir la desconfianza que su tacto infalible había adivinado. —Sí—continuó—, esta escalera es un poco más *chic* que la escalera de una alcaldía, y también es muy agradable tener un testigo como tú. No sé lo que la vida nos reserva, y no abuso de las protestas; pero tú puedes exigir de mí cuanto desees después de la prueba de cariño que me das. Sí... Te conozco bien. Hay un sin fin de cosas que han debido chocarte en esta expedición. Y tú has pasado por todo para complacer á tu antiguo amigo, que, sin embargo, no es Olivier Du Prat. ¿Verdad que mi novia está deliciosamente linda esta mañana? Pero, ¡silencio! He aquí al Príncipe en persona, y con él Don Fortunato. Mira y escucha, que bien vale la pena.

En lo alto de la escalera, á la puerta de una larga galería vidriada, estaban, en efecto, dos ancianos

que, por su tipo, parecían escapados de alguno de los cuadros en los que Longhi ha fijado con su pincel ligero y preciso todo lo pintoresco de la vieja Italia.

El uno era el abate Lagumina, débil, pequeño, con piernas de esqueleto encerradas en calzones y medias que flotaban en torno, y un cuerpo medio jorobado cubierto por una levita de eclesiástico. Frotábase las manos indefinidamente, por timidez, mientras saludaba tan fino, tan lleno de inteligencia, que la deformidad de su desmesurada nariz y de su boca desdentada desaparecían en aquella expresión. El otro era el príncipe Eregoso, un gigante de ancho rostro, negros y ardientes ojos, casi doblado sobre su bastón de contera de goma, vestido sórdidamente con un sayo mugriento, encontraba aún el medio de revelar por su aspecto altivo á un descendiente de los duxes. Hablaba con voz profunda y cavernosa, en la que se conocía el vigor en una edad muy avanzada. Tenía setenta y nueve años.

—Señoras—dijo—, dispénsenme ustedes que no haya podido bajar esta escalera del diablo para ir á su encuentro, como era mi deber, y no crean en el epigrama que nuestros enemigos en Toscana han esparcido respecto de nosotros: «En Génova, espacio sin pájaros, mar sin peces, montañas sin árboles y hombre sin respeto.» Vean ustedes nuestros pájaros —y mostró por la ventana las gaviotas que volaban sobre el puerto en espera de alguna presa—. Espero, si me hacen ustedes el honor de almorzar conmigo, probarles que nuestros salmonetes valen tanto como los de Livorna. Y si ustedes quieren vamos á pasar en seguida á otra galería, donde hay leña en la chimenea,

y leña que viene de mi quinta tras la Puerta Romana. Con este viento frío se necesita fuego, mucho fuego en esos salones, donde nuestros padres vivían con un *scaldino*. El primer respeto es el que se refiere á la salud de los huéspedes; señora Baronesa, señora Marquesa..., miss Marsh. El abate les enseñará el camino. Yo les seguiré como un desdichado *gancio di mare*. Es ésta esa deforme y pobre bestia que en francés se llama cangrejo—continuó dirigiéndose á Corancey y á Pedro, á los que hizo pasar delante de él, para seguirles con su paso de inválido hasta un salón algo más pequeño que la galería. Un miserable fuego de húmedos leños brillaba con gran humo en una chimenea mal construida. Pero toda la bóveda estaba decorada con adornos de color y con frescos que representaban la llegada de Ganimedes al festín de los dioses. Era una pintura ligera y feliz, de un brillo aun juvenil, con sus cuerpos hermosos y elegantes, y el capricho del paisaje, y de arquitectura, en fin, con toda la gracia pagana, pero siempre delicada, de los discípulos inmediatos de Rafael. Encima veíanse algunos retratos. La huella aristocrática de Van Dyck se reconocía á la primera mirada en ellos. Bajo los grandes cuadros veíanse magníficas estatuas. Algunos taburetes, dorados en otra época, en forma de X y sin respaldo, acababan de dar á aquel salón un carácter de museo, de un museo lleno de obras maestras, que arrancaron á las tres mujeres esta exclamación:

—Pero ¡qué hermosos! ¡Cuánta maravilla!

—Mira al Príncipe qué disgustado está del entusiasmo que demuestran—dijo en voz baja Corancey á Pedro—. Tú estás en la primera fila para ver la

comedia. Te dejo para ir á hacer mi corte. No pierdas una palabra. Vale la pena.

—¿Encuentran ustedes esto hermoso?—decía el Príncipe á la Baronesa y á miss Marsh, que estaban de pie á su lado, mientras la señora de Bonnacorsi y Corancey hablaban en un rincón—. El techo no es malo. Lo ha pintado Juan de Udine. El Fregoso de aquel tiempo, el cardenal Paolo, que fué pirata, sintió celos de los Pierino del Vaga del palacio Doria, é hizo venir á otro de los discípulos de Rafael, el que ayudó al maestro en el Vaticano. Todos esos dioses tienen su historia. Ese Baco era el mismo Cardenal, y ese Apolo, sin más traje que su lira, un obispo. No se escandalice usted, Don Fortunato... ¡Ah! Ha partido para ir á preparar su misa...; *meno male*... Esos Van Dyck no están del todo mal. También tienen su historia. Reparen ustedes en esa dama con la sonrisa astuta y misteriosa. Tiene un clavel rojo en la mano, que se destaca sobre el vestido verde, y ahora miren ustedes á ese joven con la misma sonrisa, el mismo verde en el traje é idéntico clavel. Se hicieron retratar en el mismo traje porque se amaban. El joven era un Fregoso, la dama una Alfani, doña María Alfani. Sucedió esto en ausencia del marido, prisionero en Argel, y que suponían no volvería nunca. Pero *chi non muore si rivede*, decía siempre el Cardenal pirata. Y volvió, y los mató. Se ocultaban sus retratos por la familia. Pero yo los coloqué aquí.

Los dos cuadros, que conservaban su frescura sin duda por un largo destierro lejos de toda luz, sonreían á los visitantes, con la sonrisa enigmática de que había hablado el viejo coleccionador. Una gracia

voluptuosa y culpable flotaba en las pupilas de doña María Alfani, y en torno de sus labios rojos, de sus mejillas pálidas y de sus oscuros cabellos. Aquel rostro delicado tenía un peligroso y fascinador atractivo. El apasionado orgullo de un adulterio insolente brillaba en los ojos negros del joven. La identidad en el color de sus trajes y en los matices de los claveles que ambos tenían en la mano, de la posición del cuerpo y de la manera de hacer del pintor, parecía prolongar, después de la muerte, sus criminales relaciones. Era como un desafío al vengador que había podido matarles, pero no separarles, puesto que estaban allí, sobre el mismo lienzo de la pared, proclamando su audaz intimidad, glorificados en ella por la magia del arte, mirándose, hablándose, queriéndose. Ely y Pedro no pudieron menos de cambiar esa mirada de los amantes vivos que encuentran las reliquias de otros amantes de remota época, y que sienten de una manera poderosa, al contacto del pasado, para siempre desvanecido, la fragilidad de su presente dicha. En Ely, la emoción era aún más viva.

El amenazador refrán del Cardenal pirata, aquel *chi non muore si rivede*, habíala producido el estremecimiento que sintió en el barco, en el más dulce momento de su hora más feliz. Pero ¿cómo no despetar de aquel estado melancólico, como de un mal sueño, oyendo á miss Marsh responder al comentario del Príncipe genovés:

—He ahí dos retratos que mi tío pagaría á buen precio. Le agrada mucho llevar *bibelots* de ese género cuando vuelve del viejo mundo. Es lo que llama

sus *scalps*. Usted tiene, sin duda, muchos, Príncipe. ¡Estas son obras de arte tan admirables!...

—Las tengo—respondió Fregoso—. Pero no profane usted esa gran palabra de arte—añadió solemnemente—. Aquí y allí—y mostró la bóveda y los cuadros—habrá todo lo que ustedes quieran: brillante decoración, historia interesante, anécdotas curiosas, exacta pintura de costumbres, psicología instructiva... Pero no el arte. No ha habido arte más que en Grecia. No olvide usted esto, señorita, y después, para la poesía, el Dante.

—Entonces ¿prefiere usted esos mármoles á estos cuadros?—preguntó la señora de Carlsberg, á la que la original salida del Príncipe había divertido.

—¿Estos mármoles?—exclamó Fregoso.

Miró las blancas estatuas colocadas á lo largo de las paredes, y su rostro tomó una marcada expresión de desprecio para decir:

—Los que les compraron no tenían la menor idea de lo que es el arte griego. Eran tan ignorantes como los que han traído las medianías de la Tribuna y del Vaticano.

—¡Cómo!—interrumpió la señora de Carlsberg—. ¡En la Tribuna está la Venus de Médicis, y en el Vaticano el Apolo y la Ariadna!

—No me hable usted de la Venus de Médicis—exclamó coléricamente Fregoso—. Mire usted—y mostró con sus dedos gotosos una de las estatuas—, ¿reconoce usted á su Venus? Es el mismo cuerpo delicado y esbelto, la misma posición de las manos, el mismo amorcillo á sus pies, cabalgando en un delfín, y es, como la otra, una copia hecha al gusto